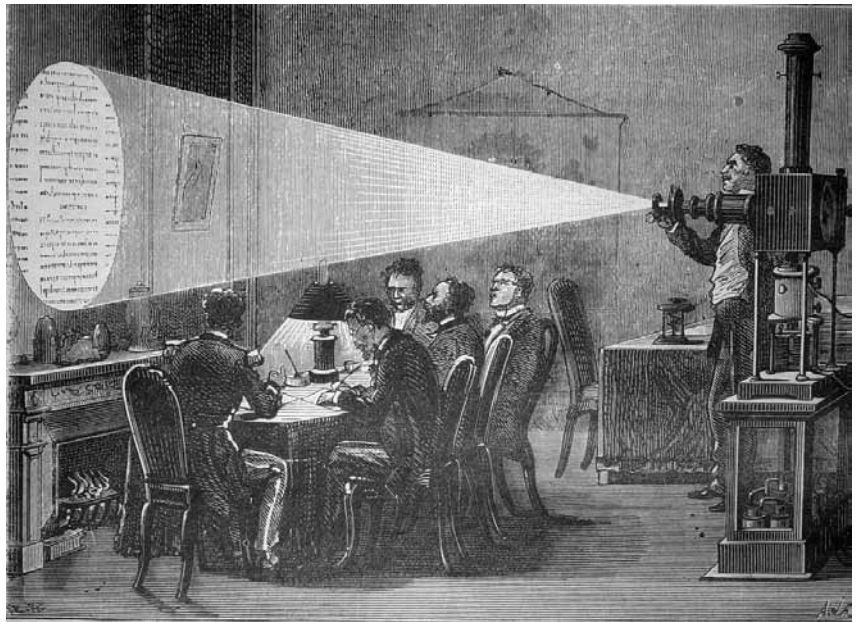


Ocio Tweet

Ingrid Solana



EN *UNA APOLOGÍA DEL OCIO*, Louis Stevenson dice que si una persona sólo es feliz permaneciendo ociosa, ociosa debe permanecer. Pero a decir verdad, y como Bataille ya advirtió con su economía del eros, el trabajo es necesario para poder penetrar, de vez en vez, ese espacio único en el que el tiempo se distiende: el del erotismo. En éste, el placer adquiere una forma rotunda, es el gozo máximo, el instante de la *petite morte* y, por tanto, la conciencia adquirida de la más auténtica condición del hombre: su finitud.

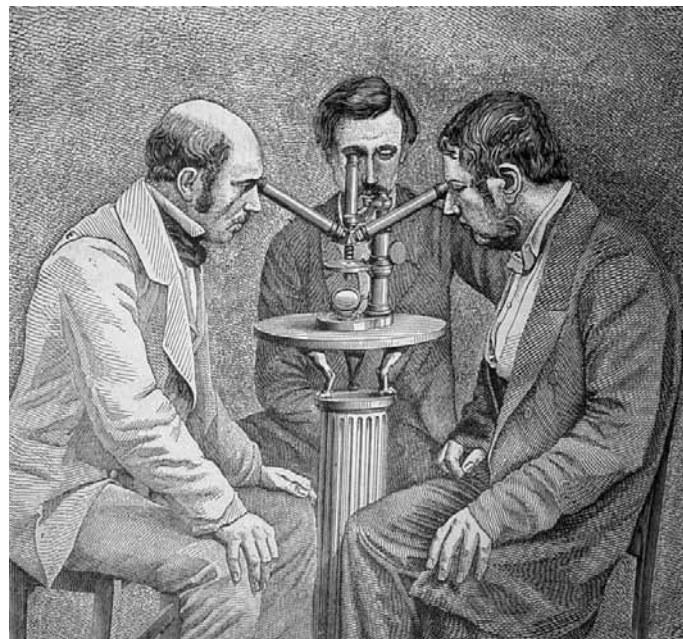
Es evidente que en las sociedades capitalistas —sobre todo en lo que concierne a las clases medias— el tiempo del trabajo no es equitativo con respecto al tiempo libre, pues el valor monetario que se requiere para la diversión —aquellas diversiones estandarizadas a las que un núcleo social específico aspira (cine, comidas, compras)— exige más trabajo; es un círculo vicioso, el consumo de tiempo laboral se prolonga para ganar tiempo libre, éste siempre es demasiado corto aunque augura breves y momentáneas satisfacciones. Las fugas de las clases trabajadoras son momentos acotados y singulares, lapsos en los que se permite un gasto de los excedentes del salario; así, un par de vacaciones anuales implicarán un año trabajoso de serias previsiones financieras; la diversión nos cuesta cara y acaba por minar la capacidad de ahorro.

Amplificación y lectura de los despachos microscópicos durante el sitio de París, ilustración del libro *El mundo físico* de A. Guillemin, Barcelona, Montaner y Simón, 1882

En todo el mundo occidental, las clases medias son condenadas a paladear a distancia los bienes de una clase privilegiada, minoritaria y *snobista* que se encarga de transmitir un mensaje falaz: todos podemos aspirar a la riqueza y al ostracismo, porque nuestra sociedad crediticia lo permite, aun a costa del aumento poco proporcional e inhumano del tiempo del trabajo. Esto no es lo peor. Hordas de trabajadores sin seguro social, con contratos laborales indignos o sin la posibilidad de prever un futuro económico, se endeudan con las grandes ilusiones de nuestro tiempo: una riqueza de televisión; estamos en ella, la miramos: es posible porque podemos comprar. Pero nunca será nuestra. Se quedará en la pantalla destellando su belleza absurda en el paradero de la frustración.

Muchos han aprendido a divertirse con pasiones más mundanas: el parque, el paseo en bicicleta y la simple conversación todavía son posibilidades que no requieren una sola moneda. Nuestras aspiraciones, eso sí, siempre estarán entre nosotros: fiera que acecha la cotidianidad. Cuánta razón tiene la novela de Georges Perec, *Las cosas*, en la que la pareja de ambiciosos jóvenes está condenada a sofisticadas decepciones. Jamás se materializará el deseo aunque a veces se encuentre verdaderamente cerca. Lo podemos ver y oler, pero no nos será dado tocarlo, a menos que ese golpe de suerte, al que acostumbra la publicidad, nos roce con su caprichoso hado. Triste panorama en el que no conviene meditar demasiado.

Para muchos, sobre todo en países en vías de desarrollo, la red todavía es utopía; generaciones condenadas a la pobreza jamás ingresarán al paraíso virtual ni sentirán la libertad del mundo en la palma de la mano. Y así como la riqueza de las minorías privilegiadas es la muestra de una ostentosa y hasta cínica libertad, la clase media se conforma con los ratos de Internet en los que, libre y dispersa, puede vagabundear por el mundo gastando una módica cantidad de dinero. Como todo escritor, posiblemente, pasé demasiado tiempo convencida de que la utilización de los medios virtuales era, en algunas de sus manifestaciones, tiempo perdido. Un buen día me decidí por el *Twitter*. Mi visión



cambió. Las nuevas tecnologías, en efecto, permiten la incorporación de un acervo de saberes que es imposible adquirir en otro sitio. Libros, películas, manifestaciones artísticas, información de primera mano: el *Twitter* es la crónica mundial de los instantes.

En el mejor de los casos, las frases ociosas de *Twitter* son dardos que develan un estado de cosas, un temperamento, una personalidad, una concepción cultural compleja. Las interrelaciones entre países que comparten la misma lengua horada y transgrede las distancias. El afán comunitario de *Twitter* pone en problemas los términos de *frontera* y *territorio*: el espacio virtual es semejante a la vía láctea, los cuerpos coexisten en su proximidad distante, se acercan por momentos, se comunican en su perpetua movilidad.

Ocio tweet es, entonces, una frase breve, destinada a la diversión, con una dosis de ingenio que se pierde en la maleza de un texto largo.

“El bostezo: he ahí una forma de protesta irreprimible” (@OdePablo).

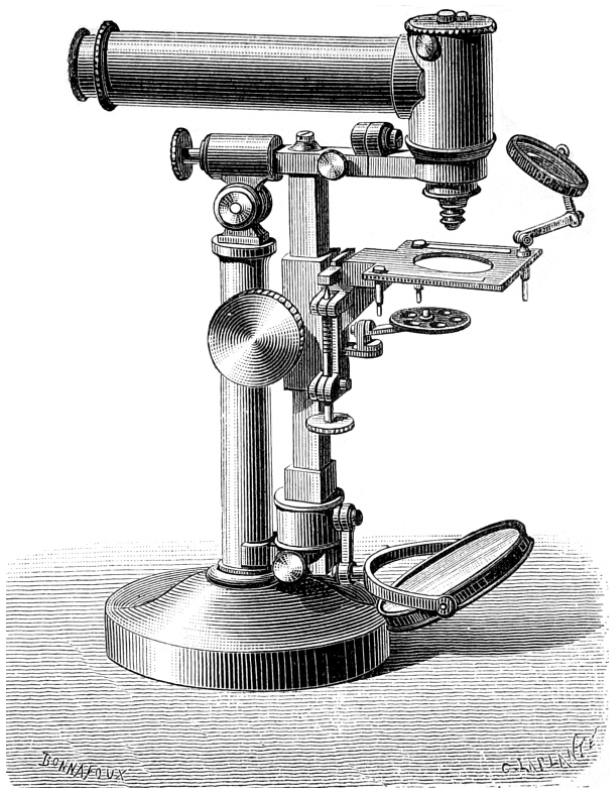
“Se evaporaron las notas que le había hecho a Proust. Tiempo perdido.” (@paulicantropa).

“¡Qué pusilánime generación aquella para la cual el amor no es una prioridad!” (@oscarzaga).

“Más que una ciudad es una manera de saborear el mundo. Anda, saca la lengua.” (@faustoAF).

En estos ejemplos se devela una concepción del entorno, una serie de creencias y temperamentos: un pedazo de nuestra cultura esbozada en frases que atinan y dan en el blanco. Los enunciados, fuera de contexto, se agolpan uno tras otro y crean un marasmo de imágenes y significados sin relación, una constelación de lo diverso. Pero al juntarlos, al pensar en ellos como parte de ese todo invisible que leemos con voracidad, forman un universo que retrata nuestro propio interior. Somos esas voces disparejas que se lanzan maliciosa o ingenuamente en busca de un lector fantasmal. Se pierden entre la información, se borran por la velocidad con la que una nueva frase reemplaza a las precedentes.

El *tweet* está condenado a desaparecer como el estencil, es una voz que no reclama el beneficio de la autoridad, se resigna al olvido; su incidencia dura lo mismo que un *retwitt*. Es el espacio del instante. Podemos preservar la enunciación en nuestra memoria, pero la frase en el espacio virtual dura lo mismo que un parpadeo.



Se comprende así el peligro político de frases agrupadas que son consignas, preferencias o visiones compartidas, expresadas sin control y sin censura. El ocio es transformado por la reflexión aforística, rápida, eficaz. Nada detiene la marea de pensamientos escritos brutalmente por una masa de desconocidos que establecen cierta comunión al aceptar o discrepar de los mensajes interminables. Y, sin embargo, esos usuarios sin rostro adquieren una voz cibernética específica, dejan allí su carácter.

La mejor muestra del *Ocio tweet* está representada por aquellas frases que logran generar sentido gracias a su cuidado formal. No es una escritura desastrosa aunque pueda ser impulsiva, por el contrario, es un texto mínimo de carácter lúdico, perfecto, redondo. La palabra ocio no es únicamente el cese de una actividad, también se define como “la obra de ingenio que alguien forma en los ratos que le dejan libres sus principales ocupaciones.” (RAE)

¿No son acaso algo parecido los ensayos de Montaigne?, ¿no nos resuenan aquellas analogías benjaminianas en las que el artista es semejante a un traperero o a un vagabundo que, ocioso, recolecta objetos inútiles y pensamientos de calle? No afirmo que en *Twitter* se pueda ver una *literatura*; en él hay, en cambio, *textos*, es decir, una escritura. Y ésta posee el mismo sentido barthesiano en el que éste es travesía, movimiento, polisemia y “está enteramente entretrejid(a) de citas, referencias, ecos: lenguajes culturales... antecedentes o contemporáneos, que l(a) atraviesan de lado a lado en una amplia estereofonía.”

La lógica del *Ocio tweet* puede desgajarse en muchos fenómenos. El mundo virtual es ocio que genera un habla delirante, que se incrusta en nuestro escenario social para darle un nuevo rostro, así que con Stevenson diré que si un buen tuitero sólo es feliz permaneciendo ocioso, que permanezca así para entregarnos la lista de textos que confirman aquel planteamiento de Derrida cuando decía que somos los siglos de la escritura. ▲